

su muerte, las humillaciones tan profundas á que se sometió; mas notad también que todas ellas no pueden compararse con éstas á que hoy se somete. En efecto: nace en un pesebre, trae una vida oscura entre privaciones, es crucificado como un delincuente, espira; pero todo ese abatimiento es únicamente abatimiento de condición, y no de naturaleza ni de sustancia. El abatimiento de la Encarnación le humilla más profundamente, porque es un abatimiento de sustancia. Aquí no humilla sólo sus acciones ó su condición, sino que humilla así mismo su naturaleza, haciéndose verdadera carne: *Verbum caro factum est.* (JOAN., I, 14). Hay más todavía. La humillación del Verbo divino es también permanente, mientras la de los hombres es transitoria. Un hombre virtuoso, un Santo, un predestinado que practica frecuentemente la humildad, puede humillarse durante el tiempo de su vida; mas al fin, un día es elevado en el Cielo al colmo de la gloria. La exaltación viene á recompensar su abatimiento: *Humiliamini sub potente manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis.* (I. PETR., V. 6). Pero la humillación del Hijo de Dios será permanente, será eterna. Siempre estará identificado con una naturaleza que es infinitamente inferior á su divinidad: *Quod semel assumpsit, nunquam dimisit.* ¡Oh humildad del Verbo Eterno en el misterio de su Encarnación! exclama San Bernardo. ¡Oh humildad sin ejemplo para el Hijo: *Humilitas sine exemplo;* mas al mismo tiempo, *sublimitas sine socio,* exaltación sin igual para la Madre! De esto voy á tratar en la segunda parte.

PUNTO SEGUNDO.

ELEVACIÓN DE MARÍA.

Nada es capaz de dar una idea más exacta de la grandeza de María, que el abatimiento del Verbo; por cuanto la anonadación del Hijo debe ser la medida, la regla y el fundamento de la exaltación de la Madre, con arreglo á aquella expresiva fórmula: *Unde Filius deprimatur, erigitur Mater.* No por otra razón, los Santos Padres, juntando sus sentimientos á los de la Iglesia toda, nos han representado este misterio como un comercio mutuo entre Dios y el hombre, entre el Verbo Eterno y María Santísima: *admirabile commercium* (*Antífona del oficio divino desde el Adviento hasta la Purificación*). El Verbo da y recibe en este cambio; da á María lo que El tiene de su propio caudal, y recibe de María lo que del suyo Esta le comunica. Y como el Verbo Eterno tenía de sí grandeza, excelencia y poder, al paso que María no tuvo que darle otra cosa que flaqueza, enfermedad, nada, por eso lo que comunicó á su Hijo, sirvió únicamente para debilitarlo y abatirlo, mientras el Verbo Eterno, por el contrario, la colmó de grandeza, elevándola hasta el más alto grado de gloria. ¡Oh comercio tan milagroso como favorable á María! *¡O admirabile commercium!* (IBID.) No pretendo, H. M., colocar á María junto á la divinidad. Sé bien

que es necesaria gran moderación para hacer el elogio de una criatura; y por lo mismo, no debéis temer que olvide el temperamento que me corresponde guardar. Por más que aproxime la Virgen Santísima á Dios, en cualidad de Madre, la consideraré siempre en la nada, por su cualidad de criatura, dependiente siempre, siempre como redimida, aunque Madre del Redentor, impotente por sí misma, y necesitada como los demás justos, de la misericordia y de la gracia del Salvador. Mas á pesar de esto, á pesar de que María es por esta causa infinitamente inferior á Dios, no me impide esta verdad considerar á la Virgen como la más excelente obra, como el término, digámoslo así, de la divina Omnipotencia, dado que Dios no puede elevar otra pura criatura á mayor alteza. Además, dije, de acuerdo con los Santos Padres, que la grandeza de María se debe medir por la humillación y abatimiento de Dios encarnado; y como éste se anonadó en su esencia, en su Persona, y en sus perfecciones, es consiguiente que María haya sido elevada en su sustancia, en su persona, y en sus perfecciones. Y no creáis, H. M., que semejante elevación provenga de la alianza común que el Verbo divino celebró con todos los hombres, sino del privilegio particular concedido á la naturaleza de María, en el augusto misterio de la Encarnación. Si preguntáis el fundamento de esta aserción, os diré, que María suministró al cuerpo de su Hijo la sangre de sus venas; y la sustancia y carne de la carne y sustancia de su cuerpo: *Caro Jesu, caro est Mariæ,* dice oportunamente San Agustín. De este modo la Santísima Virgen puede decir con toda verdad, que su naturaleza ha sido elevada á tal altura, que se presenta unida á la divinidad, puesto que su sangre subsiste en Dios, mientras subsista en su Hijo. ¿Qué gloria mayor para la sangre de María, el que después de purificada, pasando por una larga serie de nobles familias de patriarcas y de reyes, como por ilustres canales, se trasmitiese de las venas de María á las de Jesucristo, de donde brotó para proporcionar á Dios el medio de ser por su Santa Cruz el Salvador y Reparador del mundo? ¡Oh adorable sangre! ¡Oh sangre preciosa! ¡Cuán grandes, cuán asombrosos han sido los efectos! Derramada en la Cruz por Jesucristo, hiciste de un Dios Vengador, un Dios Salvador, un Dios Libertador; y saliendo de María diste derecho á la criatura para mandar á Dios; hiciste de una Virgen la Madre de su Criador.

Hé aquí lo que constituye la gloria de María en cuanto la eleva al colmo de la grandeza. Ya habéis visto, A. H. M., cómo fué ennoblecida en su naturaleza, por haber comunicado su sustancia y sangre á Dios. Ahora veréis que no fué menos engrandecida en su persona, por la cualidad de Madre del mismo Dios.

¿De qué medio me valdré para representaros esta augusta cualidad en todo su brillo?... Lo he descubierto ya en las tres clases de fecundidad que en Dios se encuentran: fecundidad de Padre, fecundidad de Origen y fecundidad de Criador. Escuchadme:

Dios engendra con su luz un hijo igual á sí: hé aquí el Padre.

Dios produce con su amor al Espíritu Santo: hé aquí el Origen. Dios da el sér á las criaturas: hé aquí el Criador. Pero hay que observar en todo esto, que la virtud y la fecundidad de Criador la comunica el Padre al Hijo y al Espíritu Santo, haciéndola común á las tres Divinas Personas. La fecundidad de Origen la comunica el Padre al Hijo, pero nó al Espíritu Santo. La cualidad, en fin, de Padre, no la comunica á ninguna de las dos Divinas Personas, reservándola toda para sí. Reservándola para sí toda, dije, y debo rectificar la expresión, porque, oh Virgen Santísima, ¿no os ha sido comunicada á Vos por el Padre Eterno? Sí; lo afirmaré de un modo positivo, aunque tenga que afirmar también haber recibido Vos del Padre Celestial lo que el Hijo y el Espíritu Santo no reciben. ¡Oh exceso de gloria y de grandeza! Con sólo indicar mi pensamiento, creo haber dicho de Vos todo lo que puede decirse de la más alta criatura, porque nada hay más grande y más glorioso que ser en la tierra lo que el Padre Eterno es en el Cielo. ¡Madre del Hijo de Dios! La que á tal dignidad llega no puede ascender más.

De Dios emanan á sus criaturas otras perfecciones como destellos de su infinita luz. Su soberanía, por ejemplo, desciende á los reyes; su sabiduría á los gobiernos, y su fuerza á los conquistadores. También su pureza forma las Vírgenes y su ciencia inspira á los Doctores. En el Cielo, su amor hace los Serafines, su inteligencia los Querubines, y su estabilidad los Tronos. Ved aquí perfecciones que Dios presta con más ó menos abundancia á sus hechuras, mientras que á nadie ha comunicado su fecundidad fuera de María. ¿Y no es esto, A. H., el colmo de la elevación? ¿Puede concebirse cosa más alta que este privilegio? Pues asombraos, oyentes: todavía hay una circunstancia que encarece más esa misma elevación. Sabed que María participa, no solamente de la fecundidad del Padre Eterno para producir á su Hijo, sinó también de la manera como el Padre lo produce.

La generación eterna del Verbo se obra por el pensamiento de Dios, al modo que la generación temporal de Jesús se obra también por el pensamiento de María, fortalecido con el consentimiento de su voluntad. El Hijo en la eternidad es la Palabra de su Padre, y el mismo Hijo en el tiempo es en cierto modo la Palabra de su Madre. *Hágase* (Luc., 1, 38), dijo María al Angel, debiéndose á esta palabra su maternidad. Indudablemente, un grado tal de gloria es el más excelso á que puede subir una criatura; pero también es el fundamento de la gratitud que debemos á la Virgen á tal punto elevada. El Padre Eterno engendra en la eternidad un Hijo que ha de ser el severo y terrible Juez que pronuncie la sentencia de condenación contra los hombres; y María es hoy Madre de un Hijo que ha de ser nuestro Libertador y Salvador. ¡Cuántas acciones de gracias no debemos tributar á María por tan inmenso beneficio! Tantas como actos de respeto á su incomparable grandeza. Grandeza incomparable, sí, porque si fué engrandecida, cuanto pudo serlo, en su naturaleza y en su persona, no lo fué menos en sus perfecciones.

Entre las perfecciones de María, observo dos principalmente, que dan á las otras un valor casi infinito. Estas perfecciones son la virginidad y la fecundidad. Consideradas separadamente, no dejan, por cierto, de tener algo de grande, pero sin estar del todo exentas de defectos. La fecundidad puebla los Estados, sostiene los Reinos y conserva las familias; pero es en sí una cualidad grosera, á causa de no sé qué corrupción que se la junta. La virginidad es más ilustre; es una virtud celeste que hace á los hombres parecidos á los Angeles; mas siendo estéril puede parecer triste. ¿Y qué hizo Dios por María en el misterio de que estoy hablando? Descubrir el secreto de dar á la virginidad el regocijo de la prole, y á la fecundidad la gloria de la pureza. Tal es el milagro que corona la serie de grandezas que María posee en sus perfecciones y virtudes, en razón á que ese milagro viene á hacerla fiel imagen del Padre Eterno, el cual engendra á su Hijo sin corrupción, siendo Padre y permaneciendo virgen; siendo fecundo y conservando la pureza. ¿No os parece, H. M., bien fundada la gloria de María? El Angel San Gabriel, hablando con la Santísima Virgen, la dijo: Serás Madre de Dios: *Ecce concipies et paries Filium.* (LUC., 1, 34). ¿Y cómo recibió la Virgen esta nueva? Admirada de oír el nombre de Madre, exige seguridades para su virginidad. Me anunciáis, contestó al Angel, que seré Madre de Dios; estoy conforme; pero os declaro desde luego, que profeso virginidad y que estoy resuelta á permanecer siempre Virgen: *Quoniam virum non cognosco.* (IBID.). Estoy consagrada á Dios en fuerza de un voto, cuya obligación prefiero á todas las grandezas del mundo. Hé aquí puesta en relieve la abnegación de María. ¿Cómo hubiera podido quedar sin recompensa siendo tan grande? Para secundar el Padre Eterno la resolución de su Esposa, junta en la persona de ella, por un efecto de su infinito poder, y trastornando las reglas de la naturaleza, dos cualidades incompatibles, la de Virgen y la de Madre. Así fué como la fecundidad de María se hizo semejante á la de Dios, engendrando á su Hijo sin corrupción alguna, á la manera que le engendra el Padre Eterno. A pesar de esto, no deja de haber diferencia en el conocimiento de su grandeza y de sus perfecciones, por cuya razón le engendra glorioso é inmortal; mientras que María forma á su Hijo en el conocimiento de su bajeza y de su nada, por cuyo motivo le engendra humilde y abatido. Pero esta diferencia es cabalmente la que constituye la elevación y gloria de María, por cuanto al producir un Hijo débil y mortal, adquiere sobre él una autoridad legítima. El abatimiento del Hijo y la elevación de la Madre traen á mi memoria la elevación y abatimiento que á nosotros nos resulta de este grande misterio. Recordad, H. M., que á estas dos palabras reduje la materia de la tercera parte al dividir este discurso.

PUNTO TERCERO.

ELEVACIÓN Y ABATIMIENTO DEL HOMBRE.

La desgracia del hombre proviene de dos causas diferentes, á saber, de una falsa elevación y un falso abatimiento. Estas contrarias fuerzas que hacen balancear nuestro corazón, levantándolo unas veces y deprimiéndolo otras, nacen de haber olvidado nosotros el contrato que celebramos con el Altísimo en el misterio de la Encarnación. Retened bien, A. H. M., este pensamiento de los Santos Padres, que me parece ha de contribuir, bien explicado, á la edificación de vuestras almas.

Hay una falsa elevación, inspirada por el orgullo; y también hay un abatimiento falso, inspirado por la sensualidad y el interés. Los ambiciosos no abrigan más que ideas de gloria, pugnando por elevarse, si les fuera posible, sobre todos los hombres: esta es la elevación falsa. Los voluptuosos, por el contrario, se dejan dominar de sentimientos de abyección, de inclinaciones indignas: este es el abatimiento falso. ¿Cómo puede remediarse este desorden? Oponiendo á la falsa elevación, un verdadero abatimiento; y al falso abatimiento, la verdadera elevación. Para ejecutarlo, creo, H. M., os ha de bastar la exposición sencilla del misterio que hoy se celebra. Porque, ¿cómo ha de dejar de inspirarnos ideas de elevación y de gloria, de verdadera gloria y de fundada elevación, opuestas en un todo al falso abatimiento, la alianza que el Hijo de Dios hace con nosotros al unirse con nuestra naturaleza? ¿Para qué fin, preguntan los Santos Padres, se hizo Dios Hombre? ¿No es por ventura, para tornar los hombres en dioses? *Ad hoc Deus factus est homo, ut homo fieret deus.* Hé aquí, dice San Agustín, donde viene á parar el abatimiento de Dios; viene á parar en la elevación del hombre á la divinidad. Siendo esto así, como en efecto lo es, y consta de los principios de la fe y la religión, ¿por qué nos apegamos á la tierra, después que el Dios del Cielo se ha unido á nosotros? ¡Ah! ¡Conoce, cristiano, tu dignidad: *Agnosce, christiane, dignitatem tuam!* (S. LEO., *Serm. de Nativ. Domini*). Tales son las sentidas palabras que un gran Santo, gran Papa al mismo tiempo, dirigía á sus oyentes, predicando de un misterio estrechamente ligado á éste de que ahora me ocupo. «Eres, añade San Juan Crisóstomo, por la cualidad de cristiano, hijo de Dios, y miembro vivo de Jesucristo; te alimentas de su cuerpo, y bebes su sangre; tienes para fortalecerte, curando las enfermedades del alma, los Sacramentos que El ha instituido; reconoces por cabeza al Divino Salvador. ¿Cómo es que no te acuerdas de tales beneficios, cuando estás á punto de cometer un pecado? La fe que no debes de haber perdido, te convencerá de la obligación de no perder de vista tu alta dignidad, forzándote á reconocer la exactitud de este consejo: *Agnosce, christiane, dignitatem tuam.* Piensa, cristiano, en lo excelso de una dignidad que te levanta hasta Dios; reflexiona, y no te

dejes abatir por indignas afecciones, ni por deleites vergonzosos.»

No son otros los sentimientos de elevación que has de oponer al falso abatimiento que te arrastra al pecado; pero cuando te asedie la tentación de elevarte sobre lo que te corresponde ser, y sobre los demás, ten presentes las grandes lecciones de abatimiento que el Señor te ha dado en su Encarnación, donde renunciando á toda complacencia de sí mismo, mira únicamente á la gloria de su Padre. Discípulo suyo te llamas; es preciso, pues, que seas su imitador, porque, según el P. San Agustín, *Summa religionis est imitari quod colimus.* El carácter esencial de la Religión, el punto á que toda ella se reduce, es imitar lo que se adora; en términos, que la imitación y adoración de la divinidad deben andar necesariamente juntas. ¿No vemos esto mismo en las falsas religiones? Los paganos inventaron divinidades cuyas pasiones imitaban. Los vengativos adoraban á Marte, justificando las venganzas de ellos con las que atribuían á este supuesto dios; así como los impúdicos ofrecían incienso á Venus, cuya lubricidad copiaban. Es cosa indudable: El culto de cualquier divinidad obliga necesariamente á imitarla: *Summa religionis est imitari quod colimus.* ¡Ah, H. M! ¿Dudaréis aún del apremiante deber en que os halláis de abatiros, siendo adoradores de un Dios abatido? Pues qué, ¿ha de humillarse Dios mientras vosotros os enaltecéis? No temáis descender, que no es posible, más abajo de la nada en que vuestro Dios, por decirlo así, se abisma, aunque el orden natural exige que la criatura esté debajo del Criador. ¡Ah! muchos son los que se precipitan, y muy pocos los que descienden. Raro es el que se abate voluntariamente, y rarísimo el que se abate de todo corazón. Y, sin embargo, este último es el solo medio de agradar á Dios, tanto, que por él solo le agradó María: *Humilitate placuit.* (S. AMBROS.) Oportuna es la reflexión que sugieren aquellas palabras de San Pablo: *Exinanivit semetipsum* (PHILIP., II, 7). Jesucristo se anonadó. Cuando uno se abate, humillándose de corazón; cuando se pega al polvo, anonadándose por amor, encuentra un Jesús, un Salvador, un Dios encarnado que le levanta, le sostiene, y le lleva en palmas. Es imposible, dicen los Santos Padres, es imposible de todo punto contemplar con espíritu de fe y de religión á Jesucristo, en tal estado de abatimiento, sin sentir deseo de hacerse á él semejante. Mas como nada podemos por nosotros, y sola su gracia puede hacérsenoslo ejecutar, es preciso pedirla al autor de esa misma gracia. Haced, Dios mío, que ejecutemos por deber, lo que Vos ejecutasteis por amor. Aunque vuestros Profetas y Apóstoles nos hayan enseñado la virtud, han dejado á Vos el derecho que á nadie habéis cedido, de predicarnos la humildad. Nuestra alma conoce que solo Vos la habéis enseñado con toda perfección. Tocad nuestro corazón, ¡oh Dios mío! para que amemos tan altísima virtud, y para que, no satisfechos con amarla solamente, la practiquemos en este mundo, hasta recibir la recompensa de ella en la eternidad. Que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

CHAMPIGNY.